

«Las aguas de Lantañón» (1924) es un artículo vertebrado sobre una pequeña anécdota narrativa, según el modelo que ha detallado el profesor Martínez Cachero. Azorín, que entiende *Cara de plata* como una novela, ofrece en su perspicaz impresión tres de los rasgos definitorios de esta excepcional «Comedia Bárbara», publicada en 1923 por Renacimiento. En primer lugar, que en ella está compendiado todo el arte del maravilloso estilista. En segundo término, insiste en la honda capacidad de Valle para captar la vaguedad de la leyenda, el misterio de las vidas trágicas y la aguda sensación de dolores milenarios, con lo cual refrenda una idea que formuló en 1910: la coherencia y la continuidad de la totalidad de la obra de Valle. Pero la sorpresa salta en el último párrafo del artículo, cuando Azorín, queriendo llevar la contraria al, quizás, algo apresurado juicio del profesor Pérez López²², dibuja con talento y con propiedad las calidades estéticas del esperpento, subyacentes en la construcción de *Cara de plata*. Afirma Azorín:

Figuras de una poderosa realidad —*arquetipos de arte perennal*— alternan, en dramática y grotesca zarabanda, con sombras y siluetas de arlequines y estafermos. El arte ríe y llora a un mismo tiempo. Es una obra Edad Media y Renacimiento²³.

Como puede verse el maestro alicantino había adivinado las claves artísticas de la comedia bárbara, especialmente las que le confieren una filiación esperpéntica, y tal vez con la memoria viva de la lectura de *Los cuernos de don Friolera* o de la *Farsa y Licencia de la Reina Castiza* —ya publicadas por entonces— se da cuenta de la importancia de una estética que como su genial creador dejó dicho, por boca de don Estrafalarío, «es una superación del dolor y de la risa»²⁴.

Tras la guerra civil, Azorín se ocupa de Valle en el magistral tomito *Madrid* (1941). La temática del capitulillo «Valle Inclán y América» es muy similar a la del artículo que rescatamos del olvido, si bien en *Madrid* las impresiones del viaje de Valle a la Argentina en 1910 se hacen a través de la glosa de una carta que el autor de las *Sonatas* envió a Azorín desde Buenos Aires y que hoy podemos leer en la recopilación publicada por Juan Antonio Hormigón.

De la década de los cuarenta son los restantes quehaceres valleinclanianos de Azorín que giran en torno al prólogo y sucesivos apéndices al tomo I de las *Obras Completas* de Valle. Tres son las facetas analizadas por el autor de *Castilla*: el señor de ademán aristocrático que se esconde tras la quebrada y perfilada figura de Valle, aprovechando para ello una anécdota de la bohemia modernista, que Azorín había contado por vez primera en el artículo de 1910, y que alumbra el gesto simbólico de la vida literaria de Valle como repulsión y afrenta de lo que él mismo llamaba literatura

²² Cf. «Llama la atención, sobre todo, que la más genial creación valleinclanesca —el esperpento— pase prácticamente desapercibida para nuestro crítico» (Manuel M. Pérez López, *Azorín y la literatura española*, pág. 229).

²³ Azorín, *Escritores*; págs. 199-200.

²⁴ Ramón del Valle Inclán, «Los cuernos de don Friolera», Martes de carnaval (ed. R. Senabre), Madrid, Espasa Calpe (Clásicos Castellanos), 1990; pág. 114.

industrial. La segunda faceta es el medio y el momento que rodea el amanecer literario del joven Valle, al que vuelve en el artículo «Valle Inclán en 1897», para contestar abocetadamente a la proposición que formula desde las columnas de *ABC* (27-II-1944):

Para apreciar debidamente los comienzos de un escritor —y más de un escritor como Ramón del Valle Inclán— deberíamos reconstruir el ambiente que le circuye; el más amplio ambiente de la época; las apreciaciones particulares sobre el escritor; los juicios de sus íntimos; la orientación general de la literatura en España; la misma orientación en Europa; las diversas circunstancias sociales, ajenas a la literatura, pero que concuerdan con ella; lo que eran la pintura y la estatuaria, etc., etc.²⁵

Naturalmente, el tercer aspecto que detiene la pluma de Azorín es el escritor Valle Inclán, a quien considera «esencialmente poeta, poeta de un modo absoluto»²⁶. Habiéndolo acometido todo en el dominio de los géneros literarios (quizá convenga retener que Azorín, soslayando la matriz teatral de los esperpentos, los denomina «novelas que pudiéramos llamar de escarnio»), la obra de Valle se edifica sobre el acendramiento: «Valle Inclán acendra la realidad y sólo nos ofrece lo significativo (...) con solos esos rasgos de una poesía delicada y profunda nos basta»²⁷. Poesía que es acendramiento mediante la creación de un lenguaje especial, ahormado en la modernidad y en el primitivismo, y cuyas calidades esenciales radican en la independencia léxica y en el genial empleo de los adjetivos. Azorín prolonga esta faceta del análisis en «Valle Inclán, el poeta», cuando ya la primera edición de las *Obras Completas* de Valle se ofrezca en los anaqueles de las librerías.

Para completar el perfil del escritor, Azorín se detiene en la materia que nutre la obra valleinclanesca y en la cuestión de las influencias. El mundo de Valle Inclán es, desde la óptica de Azorín —que vuelve sobre el tema en su artículo del 20 de febrero de 1944 en *ABC* a propósito del libro de Melchor Fernández Almagro sobre el artista gallego— una mezcla prodigiosa de lo pretérito distante y lo nuevo inmediato, añadiendo como causal causa de tal mixtura: «En el decurso de los tiempos, hay algo que subsiste eternamente, a través de todas las mudanzas, ese algo es lo que ha recogido Valle Inclán. Y lo ha recogido sobre el área de una Galicia vetusta y flamante a la par, de ayer y de hoy»²⁸. Palabras que encierran el meollo del significado y el sentido del quehacer de Valle, cuyo excitante —ya que de excitantes *modernistas* se trata— más sobresaliente es el ideario unamuniano vertido en los deslumbrantes y torrenciales ensayos *En torno al casticismo*, especialmente en los conceptos tan afines de «intrahistoria» y «tradición eterna»²⁹.

Las aparentes paradojas de las influencias es cuestión que apasionó al Azorín de los primeros años de la posguerra. Así cree que más que con

²⁵ Azorín, «Valle Inclán en 1897», *A Voleo* (1954), *Obras Completas*, Madrid, Aguilar, 1954; t. IX, pág. 1266.

²⁶ Azorín, «Prólogo a las *Obras Completas de Valle Inclán*», *Ibidem*; pág. 1259.

²⁷ *Ibidem*; pág. 1262.

²⁸ Azorín, «Valle Inclán», *A Voleo* (1954), *Ibidem*; pág. 1265.

²⁹ *Sobre la indiscutible impronta de los ensayos unamunianos de 1895 (primera edición en libro, 1902) en la forja ética y estética de Valle remito a dos largos artículos: Antonio Vilanova, «El tradicionalismo anticastizo, universal y cosmopolita de las Sonatas de Valle Inclán», Homenaje a Antonio Sánchez Barbudo. Ensayos de literatura española moderna (ed. B. Brancaforte/E.R. Mulvihill/R.G. Sánchez), Madison, University of Wisconsin, 1981; págs. 353-394. Y Adolfo Sotelo Vázquez, «Valle Inclán y Ramiro de Maeztu (dos semblanzas de Valle por Maeztu: 1899 y 1936)», Cuadernos Hispanoamericanos, 438 (1986); págs. 84-114.*

influencias Valle ha contado con diversos estimulantes de la tradición y, máxime, que en su propósito han sido más eficaces las influencias por repulsión que las edificadas sobre la atracción. El caso de Valle Inclán le sirve a Azorín para certificar sus atinadas reflexiones sobre el problema de las influencias, que conforman la sorprendente modernidad del «A modo de prólogo» que abre *Sintiendo a España* (Barcelona, Tartessos, 1942), en el que glosa y discute las ideas axiales del famoso ensayo de André Gide sobre las influencias literarias, que tanto gravitó, por cierto, en el impecable análisis de la tradición como fuerza liberadora y como criterio de elección artístico que Pedro Salinas llevó a cabo en su libro *Jorge Manrique o tradición y originalidad* (1947).

El corolario azoriniano sobre Valle se formula el 16 de noviembre de 1947 en *ABC*. En efecto, se trata de un artículo de escaso espesor, en el que, sin embargo, hay que reparar cuando se intuye la honda dimensión estructural de *oxímoron* que tiene el esperpento y, en concreto, *Luces de Bohemia*. Dice Azorín: «Creíamos asistir a un espectáculo divertido, caricaturesco, y estamos en pleno ascetismo»³⁰. Por esa senda camina el clásico estudio de Gonzalo Sobejano al analizar la mezcla de ingredientes elegiacos y satíricos que anuda *Luces de Bohemia*³¹, pero también el reciente y excelente artículo de Ruiz Ramón en el que se subraya el carácter oximorónico del «objeto estético» esperpento³². Quizás el hoy tan olvidado Azorín intuía, por esa vía tan suya de la crítica sutil e implícita, lo que de planteamiento estético transgresor tiene el esperpento, bien que ignorando (y ello es ceguera imperdonable) su radical condición teatral y dramática.

III

«Un embajador en América», título del artículo azoriniano que exhumamos, es una de las primeras apuntaciones que la crítica española contemporánea ofrecía del arte literario de Valle Inclán. Descontados los artículos de Clarín (*Madrid Cómicó*, 25-IX-1897)³³, que lógicamente se ocupa del mínimo quehacer literario que Valle había dado a luz por esas fechas; de Ramiro de Maeztu (*Las Noticias*, 3-XII-1899)³⁴, formidable perfil del joven Valle; y de Ortega y Gasset (*La Lectura*, II, 1904)³⁵, estupenda lectura de la *Sonata de Estío*; el artículo de Azorín en *La Vanguardia* (10-VIII-1910) es, al sesgo, la primera impresión del arte de Valle desde *Femeninas a La guerra carlista* o a las dos primeras *Comedias Bárbaras*.

La idea que vertebra el ejercicio crítico azoriniano es la íntima ligazón y la perfecta coherencia del devenir artístico de su compañero de bohemia, quien —a su juicio— es el máximo exponente de la revolución artística

³⁰ Azorín, «El esperpento», *A Voleo* (1954), *Obras Completas*; t. IX, pág. 1273.

³¹ Cf. Gonzalo Sobejano, *Forma literaria y sensibilidad social*, Madrid, Gredos, 1969; págs. 224-240.

³² Francisco Ruiz Ramón, «El esperpento, ¿teatro para el futuro?», *Celebración y catarsis* (leer el teatro español), Murcia, Universidad de Murcia, 1988; págs. 155-164.

³³ Está reunido en Clarín, *Obra Olvidada* (ed. A. Ramos Gascón), Madrid, Júcar, 1973; págs. 127-131. Se recoge también la «Carta abierta a Valle Inclán» que Clarín dio a luz en *Heraldo de Madrid* (9-X-1897); págs. 131-134.

³⁴ Lo publiqué en Adolfo Sotelo Vázquez, «Valle Inclán y Ramiro de Maeztu», *CHA*, 438 (1986); págs. 112-114.

³⁵ José Ortega y Gasset, *Ensayos sobre la generación del 98*, Madrid, Revista de Occidente/Alianza, 1981; págs. 71-82.

de la literatura española contemporánea. Con admirable lucidez y sutileza exquisita el autor de *La voluntad* detecta el valleinclanesco entusiasmo por la belleza, su refinamiento intelectual y el ademán nietzscheano que anida en su «preferencia por todo lo aristocrático, lo fuerte y lo selecto». Por primera vez y con sorprendente agudeza, Azorín formula lo que la crítica posterior (especialmente el estudio de Antonio Vilanova, antes citado) ha venido a probar abundantemente: el perfecto ensamblaje entre las actitudes estéticas (satanismo y amoralismo de raíz romántica) y las éticas e ideológicas (carlismo sentimental) del creador de *La guerra carlista*. Difícilmente se podrá encontrar una mejor y sintética descripción del arte de Valle que había anudado la palabra refinada, amable y mundana del Marqués de Bradomín con el perfil altanero, mujeriego, despótico y violento del vinculero Montenegro: era, en efecto, como decía Azorín, la base obligada e ineludible de su obra.

No obstante, «Un embajador en América» quiso ser un recordatorio —con toma de partido incluida— de las coetáneas andanzas de Valle por Buenos Aires. Y digo quiso ser porque el artículo apenas da elíptica noticia de las conferencias que el maestro gallego dictó en el escenario bonaerense, constituyéndose en una espléndida confesión de sus ideales estéticos, mientras que tan sólo alude tangencialmente al antagonismo entre el oficio literario de Blasco Ibáñez y el arte de Valle Inclán. Por ello, resulta conveniente explicitar las líneas azorinianas con alguno de los rasgos que las motivaron.

En 1910 Valle Inclán embarcó en Lisboa, acompañando al azacanear teatral de su mujer, con destino a la Argentina, donde llegó el 22 de abril. Desde mayo a noviembre viajó por la Argentina, Chile, Uruguay, Paraguay e incluso Bolivia, si bien los comienzos del verano (europeo) los pasa en Buenos Aires, donde dicta cinco conferencias como espontáneo anexo a los actos conmemorativos del centenario de la revolución argentina (25 de mayo), en los que había participado una delegación oficial española, cuyo oficio y papel no resultaron muy brillantes a juzgar por la carta que Valle remite a Azorín el 5 de julio, que éste utilizó como materia del ya mencionado capitulillo de *Madrid*, y de los artículos, que con fechas 18 y 24 de mayo, envía desde Buenos Aires al periódico madrileño *El Mundo*³⁶.

Sin embargo, una de las dos mínimas notas del aviso de Azorín es la contraposición entre el quehacer de Valle y los trabajos de Blasco Ibáñez, quien en fechas inmediatamente anteriores recorría como conferenciante y otras hierbas la Sudamérica que también transitaba Valle. Azorín, que no se caracterizaba en ese momento por sus excesivas simpatías hacia el autor de *La barraca*, creyó a pie juntillas en los testimonios de Valle y en algún que otro recorte de prensa que éste le envió desde la Argentina o cuando ya estaba de regreso en Madrid³⁷: uno de ellos, tomado del periódico *La Argentina* se cita en el artículo que exhumamos.

³⁶ Cf. J. Antonio Hormigón, Valle Inclán. Cronología. Escritos dispersos. Epistolario; págs. 306-308.

³⁷ J. Antonio Hormigón recoge una noticia de la prensa argentina sobre Blasco Ibáñez, que Valle remitió a Azorín el 2. XII-1910. Se dice allí: «No es un hombre, es un pulpo, es un montón de sensualismo, de glotonería y rapacidad. No ve en nuestro país más que un montón de oro y quisiera tener por buche una caja de conversión para tragárselo todo de una sentada» (Valle Inclán. Cronología. Escritos dispersos. Epistolario; pág. 503). Esta faceta de la aventura americana de Blasco se ignora en los ya vetustos estudios de Camilo Pitollot, Vicente Blasco Ibáñez. Sus novelas y la novela de su vida, *Valencia, Prometeo, s.a. (1921)*; y de Emilio Gascó Contell, Vicente Blasco Ibáñez, *París, Agencia Mundial de Librería, 1925*.